

EL MAGISTERIO Y LA TEOLOGIA. CRONICA DEL ENCUENTRO DE OBISPOS Y TEOLOGOS (17-19 junio 1983)

Los días 17 a 19 de junio pasado se encontraban en el convento de San Pedro Mártir, de los PP. Dominicos, en las afueras de Madrid, un grupo de obispos y teólogos españoles. Puede resultar interesante una reseña de este encuentro.

No era la primera vez que sucedía este hecho. Anteriormente, por iniciativa de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe, había habido reuniones de este tipo. También el año pasado, con motivo de la preparación del viaje del Papa, se encontraron el Presidente de la Conferencia Episcopal y un nutrido grupo de teólogos. Pero este año esta reunión ha revestido un carácter especial, pues, además de la Comisión indicada, lo han organizado conjuntamente el Secretario de la Conferencia Episcopal, Mons. Fernando Sebastián, y la Comisión Episcopal de Seminarios y Universidades.

La más de treintena de participantes procedía de toda la geografía española, habiendo representantes de las nueve Facultades de Teología de nuestro país. Se procuró también no eludir el pluralismo de pensamiento y actitudes teológicas, sino hacerlo conscientemente presente. Había, pues, una buena muestra del panorama episcopal y teológico español, si bien hubiera sido todavía más rico con una mayor presencia de obispos.

Los temas tratados bajo el lema general de intercambio de preocupaciones entre obispos y teólogos fueron: «El estado de la Teología en España hoy» (ponente: J. Rovira Belloso), «Los obispos como maestros en la fe y los teólogos» (Mons. A. Palenzuela), «Cristianismo y cultura» (J. L. Ruiz de la Peña). Son temas, como puede verse, lo bastante amplios como para dar cabida a muchas opiniones, puntos de vista, apreciaciones y comentarios, como de hecho sucedió.

Es importante señalar las finalidades de la reunión. No se pretendía un estudio exhaustivo o pormenorizado de estos puntos, cosa más propia de un seminario de trabajo. Tampoco la elaboración de documentos teóricos, a menudo poco útiles y válidos sólo como coartadas; ni una preparación de decisiones prácticas e inmediatas. El fin era, más bien, el ofrecer la oportunidad de contacto, conocimiento y trato mutuo entre los participantes.

Este objetivo puede parecer, quizá, demasiado genérico o irrelevante. Pero no se escapa su real importancia en el momento presente de la vida eclesial española. Sería hipócrita disimular una cierta incomunicación y aun incompreensión en ciertos sectores de nuestra comunidad y, no en último lugar, entre los dos representados en el encuentro que nos ocupa. No se da todo el conocimiento, la transparencia y confianza deseables entre el magisterio y la teología (o por mejor decir, entre algunos de sus representantes), para una buena marcha de las tareas eclesiales. Hay recelos, sospechas, y las lógicas consecuencias de equívocos o malentendidos, que pueden, probablemente, deshacerse con una buena comunicación. Por tanto, toda iniciativa tendente a establecer puentes para ello, además de ser totalmente evangélica, y precisamente por serlo, es conveniente y ha de ser bienvenida. No hay hoy, en mi opinión, dentro del mundo que tratamos aquí, nada que no pueda enderezarse con relativa sencillez, si todos colaboramos.

No pocos de cuantos nos dedicamos a la labor teológica en esta porción de la Iglesia hemos experimentado, y seguimos experimentando, repercusiones desagradables de la situación aludida, tanto en lo individual como, probablemente más, en lo colectivo e institucional.

Partimos del hecho real del escaso reconocimiento social de la Teología en nuestro país. No es momento de analizar las causas, complejas, de este fenómeno. Si en un pasado más o menos reciente la Teología española estaba más relegada a ámbitos cerrados, escolares o eclesiásticos, actualmente ha saltado a la calle y la situación presenta algunos síntomas de cambio, pero todavía no se detecta una transformación importante. Es más, la apertura realizada hace caer en la cuenta más fuertemente de todo lo que falta por hacer. Por esta razón, entre otras, el teólogo español, en su mayoría, está concentrado en tareas más bien intraeclesiales o eclesiásticas y a los correspondientes ambientes. Es su hábitat normal. Ahora bien, la comunidad eclesial española no parece utilizar y beneficiarse suficientemente de su propio sector teológico presente aquí y ahora. Si estas apreciaciones son ciertas, la aceptación e integración del trabajo teológico dentro de la Iglesia y en sus estamentos más representativos puede cambiar esta impresión. Para ello un elemento fundamental es la relación positiva entre pastores y teólogos.

Además de esta finalidad principal era interesante un intercambio de puntos de vista sobre el momento actual de la Iglesia y sociedad española, particularmente en aquellos puntos en los cuales la Teología tiene una mayor tarea que desempeñar. El método para lograr esta finalidad consistió en fomentar un ambiente eclesial y fraterno, por un lado, y de la posible altura teológica, por otro. La exposición de los temas señalados fue más bien somera y servía de introducción a un diálogo abierto y prolongado. Además de ello la convivencia durante los tres días ofreció muchas oportunidades de encuentros reducidos, entre pasillos, de modo

informal y distendido. Así se creó un clima de recíproca confianza. Lo cual sea dicho en honor de la verdad.

Resumiendo las opiniones de ponentes y participantes, a riesgo de caer en algún simplismo, señalaré en el primer tema debatido acerca del estado de la Teología en España, que se ha dado en los últimos decenios una renovación teológica importante. Así, por ejemplo, es perceptible en el uso de la Escritura y Magisterio de modo más correcto, mayor abundancia de estudios históricos, asunción de corrientes teológicas no españolas, mayor integración de las dimensiones antropológicas. Hay intentos de labor interdisciplinar y un cierto mayor acercamiento entre teología y sociedad. Todo ello ha conducido a una subida del nivel académico de Facultades y Seminarios, extensión de la Teología a laicos, que muestran mayor interés por ella, y a un número mayor de publicaciones. Puede hablarse de una superior dedicación a la docencia e investigación.

En lo negativo se da excesiva dependencia de lo extranjero, la creatividad no es alta, los medios escasos y la audiencia todavía reducida. El impacto de lo teológico, sobre todo hacia fuera de la Iglesia, no es grande, tal como está dicho. Hay riesgo de refugiarse en investigaciones puras, lejanas de la realidad o dirigidas a círculos pequeños de iniciados. Por el otro extremo puede caerse en una vulgarización apresurada, no siempre útil o adaptada a los oyentes o, quizá, demagógica o populista. La Teología no está del todo sensibilizada a los problemas colectivos de la comunidad eclesial española. Algo semejante ocurre con la asimilación de la cultura o subculturas actuales. ¿Conectamos los teólogos realmente con las sensibilidades del mundo y de los hombres de nuestros días, con su problemática, escalas de valores, criteriología en la medida que exista..., etc.? ¿O más bien caemos en la tentación del *ghetto*, de hablar a convencidos?

Temas como estos resonaron en la reunión, junto al convencimiento de que la Teología es un intento de clarificación y exposición de los grandes temas de la fe y de actualización de sus efectos salvadores; procura poner en claro la naturaleza y misión de la Iglesia hacia dentro y hacia fuera; es un correlato de la renovación eclesial.

Hay, por tanto, una importante tarea en este terreno. Y todavía mucho que preguntarse e intentar responder.

En un segundo punto, el de los obispos como maestros de la fe y los teólogos, se apuntó el peligro de una excesiva episcopalización. Quiere esto decir que aparecen los obispos, a menudo, como si hubiesen de decir ellos los primeros, últimos y solos, una o muchas palabras eclesiales sobre los temas, candentes o fríos, del momento. Se daría una cierta contaminación de la figura del obispo con la del teólogo. Habría de ejercer el pastor, queriéndolo o no, como teólogo en puntos discutidos o discutibles, con la inevitable repercusión de desgaste en la autoridad magisterial, puesta en juego demasiado pronto y en niveles pequeños. Es preferible reservarla para momentos cruciales, dejando el campo libre para los teólogos en temas debatidos o no suficientemente clarificados. Estos actuarán como miembros de la comunidad, aun cuando, evidentemente, no vayan a monopolizar el pensamiento de la Iglesia o a pretender que su función es más importante.

Con todo tal función quedó muy resaltada. Es imprescindible la comunión en todos los terrenos para ejercer el servicio teológico de la fe. También el pro-

fético y crítico intra y extraeclesialmente. De ahí la necesidad del diálogo, así como la de la libertad de la teología, la cual ha de distinguir los distintos públicos y ambientes y los temas que trata. Estos últimos serán dados frecuentemente por la misma vida eclesial y social, no sólo por intereses particulares. Los teólogos habrían de estar atentos a estas interpelaciones y tocar no sólo puntos de moral, sino más generales. Así se indicaban temas como éste: ¿dónde están las exigencias de la evangelización en España hoy y dónde las distorsiones de la fe en nuestras comunidades? ¿Qué nos decimos mutuamente obispos y teólogos sobre estos puntos? Tales preguntas y otras semejantes quedaron flotando en el ambiente de la reunión con su innegable interés.

Con ello entramos en el tercer y apasionante tema de la evangelización y cultura con los problemas planteados en este terreno en la España de hoy. Menciono de pasada algunos puntos que fueron indicados: cultura moderna postcristiana, antihumanismo, tecnicismos y ciencia demoníaca junto con el ocaso de cientifismo, democratización del poder, irrelevancia de lo religioso al lado de un deseo de trascendencia, vertido a menudo en cauces exotéricos; pluralismos varios, falta de credibilidad de lo ético cristiano, deseo concupiscente de seguridad, ansias restauracionistas o involutivas, crisis de la tradición y tradiciones... Aun cuando en España no se den todos y cada uno de estos rasgos, algunos están claramente presentes. En particular la creciente falta de interés o impacto de lo cristiano en general en una sociedad, si no militantemente atea, ciertamente con tendencias acusadas hacia el agnosticismo y el secularismo.

Estas preocupaciones se hicieron notar de muy diversas maneras. Quedaron señaladas las dificultades provenientes de la imagen de la Iglesia española ante la opinión pública, una imagen de no haber asumido los ideales de libertad y justicia tan presentes en nuestro mundo, al menos en las retóricas al uso. Presentamos un gran rigor jurídico y poca radicalidad ética. O, como se decía en otro momento, ¿cuántos riesgos de todo tipo estamos dispuestos a correr por ir tras las 99 ovejas descarriadas? ¿No cuidamos más bien, preocupadamente, de la única residente en el redil eclesiástico? El rostro de la institución se presenta hacia fuera como poco acogedor, en parte porque la modernidad no ha entrado suficientemente en nosotros.

Intramuros de la comunidad el influjo de la Teología en lo personal —se decía— no es suficiente. Una de sus causas es que la Teología no ha asimilado en profundidad el final de la época cultural que estamos viviendo. Está por definir y formular en términos actuales mucho del contenido tradicional, se dan dudas sobre lo que ha de cambiar y/o permanecer y la forma de hacerlo. Todo ello a fin de ofrecer una evangelización más real y acorde con nuestra realidad.

Quedaron, pues, de relieve las tareas no pequeñas que ha de afrontar el pensamiento teológico español para cumplir su función y servicio eclesial.

A la vez de esta concienciación no hubo la impresión de crítica excesivamente negativa o de pesimismo, sino la de tomar el pulso a los problemas en toda su complejidad y con el posible realismo.

Finalmente, los resultados. Los objetivos iniciales se consiguieron con bastante satisfacción de todos. El contacto en torno a estos temas y a otros análogos, surgidos al hilo de ellos, fue real, sincero y abierto. No pocas desconfianzas y recelos se cuartearon, así como los fantasmas de imposibilidad de comunicación. Es evidente

que muchas ópticas siguen siendo diferentes, y los talentos, y las perspectivas y aun las acciones. No sería deseable la homogeneización, predominio o imposición de nadie ni de ningún sector. Pero aminorar temores superfluos, agresividades gratuitas o inútiles, crear cauces constructivos de colaboración, percepción de los problemas existentes..., todo ello es ayudar a construir un poco más el Reino.

FEDERICO PASTOR-RAMOS